

Reseña de Hédi Baccouche (2018): *En toute franchise. Témoignage d'un militant pour l'indépendance et le développement de la Tunisie*. Sud Éditions, Túnez.

Bernabé López García
 Universidad Autónoma de Madrid
Bernabe.lopezg@uam.es
<https://orcid.org/0000-0001-6418-6228>

Para citar este artículo: Bernabé LÓPEZ GARCÍA (2020), Reseña de Hédi Baccouche (2018): *En toute franchise. Témoignage d'un militant pour l'indépendance et le développement de la Tunisie*, Sud Éditions, Túnez en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 28, pp. 206-215.

El 21 de enero de 2020 falleció a los 90 años en Túnez Hédi Baccouche, figura influyente en la vida política de algunas etapas de la historia de su país. Dos años antes de su muerte publicó un libro de memorias que esclarece aspectos de interés en la historia tunecina, titulado *En toute franchise. Témoignage d'un militant pour l'indépendance et le développement de la Tunisie*. Un libro de testimonio para los historiadores y los “hijos de su país”, para narrar “su verdad” sobre los acontecimientos que vivió.

El propio título revela algunas de las claves del libro: la franqueza con la que habla, sin importarle corregir versiones de la historia oficial o criticar a quien, por otra parte, está en el centro de la autobiografía y es objeto casi permanente de la admiración del propio autor, la figura de Habib Bourguiba, padre de la independencia del país. La misma trayectoria de Baccouche atraviesa momentos de gloria, pero también etapas de ostracismo e incluso de penalidades, de las que habla siempre con modestia y sin tapujos, descubriéndose, como reza el propio título del libro, como un “militante por la independencia y el desarrollo de Túnez”.

El libro está compuesto de cuatro partes que dividen la trayectoria vital del autor. Una primera relata su juventud (“Patriote engagé derrière Bourguiba depuis la prime jeunesse”, pp. 15-178). Una segunda, más larga, recuerda su vida de responsable político bajo el burguibismo (“Mes responsabilités dans le Parti, les régions et au niveau national sous l'autorité du Président Bourguiba”, pp. 178-401). La tercera, breve, bajo el benalismo (“Avec Ben Ali, Président de la République”, pp. 401-449). Y una última, que sirve de colofón y tiene en cuenta ya la nueva etapa que vive el país tras la revolución de 2011 (“Une retraite active”, pp. 449-474). Se añaden 40 páginas de fotos de su vida y unos anexos que testifican su papel activo en determinadas circunstancias cruciales para el país y que serán comentados más adelante en esta reseña.

Las memorias arrancan con la infancia del autor en Hammam-Susa, cerca de la capital del Sahel del Norte, donde nació. Su padre, tejedor y agricultor, dueño de una tienda en Enfidaville (hoy Enfida) que era lugar de reunión de las elites del pueblo, fue neo-desturiano desde los primeros momentos de la creación del partido de Burguiba en 1934. Ello iba a marcar desde muy joven a Hédi Baccouche, que reconocerá tres acontecimientos que más le influyeron en su infancia, ligados los tres al movimiento nacionalista tunecino. En primer lugar, la sangrienta represión del 9 de abril de 1938 contra los líderes neo-desturianos, que alcanzó a su localidad con un despliegue enorme de policías, soldados senegaleses y tanques, y dejó en él, por el intento frustrado de detención de su padre, ausente de la localidad, una imagen violenta del Protectorado. En segundo lugar, la ocupación de Túnez por los ejércitos del Eje en noviembre de 1942, que, según cuenta el autor, “suscitó mucha esperanza en la población tunecina”, ya que permitió la liberación de los detenidos en 1938 y “destruyó el mito de la gran potencia invulnerable”, Francia. La marcha de los alemanes, empujados por los ingleses de Montgomery, produjo decepción en los tunecinos, alarmados por bombardeos como el de Susa, que dejaron muertos y heridos. El tercer acontecimiento que lo marcó fue la deposición del Bey Moncef y la represión contra el movimiento desturiano que conllevó el retorno, tras el fin de la segunda guerra mundial, de la Francia colonial, represión que afectó a 9.536 detenidos y 154 condenados a muerte y ejecutados. El Bey Moncef, arrestado en mayo de 1943 por sus simpatías con los neo-desturianos, fue humillado y depuesto de su cargo por no querer abdicar. Pesaba en su contra el no haber respondido favorablemente a la petición de Roosevelt en noviembre de 1942 para permitir a las tropas aliadas atravesar el país. Pero para Baccouche, como para buena parte de tunecinos, fue “un buen Rey, un Rey del pueblo, un Rey patriota” (p. 25).

La militancia de Baccouche comenzó a los 13 años en la Juventud Desturiana, organizando manifestaciones, contribuyendo a la formación de sus miembros y colaborando con el partido en actividades de más calado como una huelga general en 1946. Su adolescencia estuvo llena de experiencias en el mundo asociativo, fundando en su ciudad un grupo de los Scouts Musulmanes a los 15 años y más tarde, a los 18, una asociación cultural, los Jóvenes escolares, de la que fue su presidente, siempre en relación estrecha con el Neo Destur.

Entre sus recuerdos militantes está el haber formado parte de los jóvenes que rondaron y protegieron a Burguiba en su huida clandestina hacia El Cairo en marzo de 1945 a su paso por Hammam-Susa. Muy joven, pues, comenzó su apuesta por el líder, que mantendría al acentuarse las tensiones entre Burguiba y el Buró Político del partido, encabezado por Salah Ben Yusef y que acabaría por producir una enorme fisura en el movimiento nacionalista.

Al frente de la célula de los estudiantes del Collège de Susa, participará en el congreso clandestino del Neo Destur del 18 de enero de 1952, que marcó un hito en la ruptura con Francia. La prohibición del Congreso vino seguida de una represión feroz sobre los líderes desturianos que provocó una cadena de huelgas que paralizaron el país. En ese marco, Baccouche fue detenido y deportado a campos de internamiento hasta que la Residencia general inició una etapa de distensión que permitió la liberación de los internados en septiembre de ese año. Pero la libertad fue por poco tiempo, pues en noviembre volvió a prisión 16 meses, durante los cuales tuvieron lugar acontecimientos decisivos como el asesinato del sindicalista Farhat Hached, que supuso un hito en las luchas contra Francia en todo el Magreb.

Entre tanto, el incremento de la resistencia urbana, la lucha armada de los fellaga en el país, la presión en la ONU donde la cuestión tunecina había sido planteada por el Neo Destur y los reveses del ejército francés en Vietnam, forzaron a la potencia colonial, bajo el gabinete presidido por Pierre Mendès-France, a ensayar otra política en Túnez, concediendo la autonomía interna en julio de 1954 y permitiendo una etapa de cogestión del país que dio paso a la independencia.

Hédi Baccouche se encontrará en ese momento en Francia, donde habría de inscribirse en Ciencias Políticas y en la Sorbona para obtener una licenciatura en Historia. Se iniciará así una larga etapa de militancia en la UGET (Unión General de Estudiantes Tunecinos) en la que colaboró con la Federación del Neo Destur en Francia y con la lucha clandestina del FLN (Frente de Liberación Nacional) argelino en la metrópoli.

Años decisivos los de Francia, en los que frecuentará a un Bourguiba instalado allí en régimen de semilibertad tras un exilio en la isla de La Galita, siguiendo de cerca las negociaciones sobre la autonomía interna. Estas, sin embargo, no serán aceptadas unánimemente por el movimiento desturiano, dando origen a la disidencia yussefista que culminará con la exclusión del partido de su promotor y con una auténtica guerra civil en vísperas de la declaración de independencia.

Para Baccouche, la pugna Bourguiba/Ben Youssef tenía “dos razones, la primera, un conflicto entre dos posiciones políticas, incluso ideológicas diferentes; la segunda, un conflicto personal entre dos hombres, camaradas y hermanos, por el poder” (p. 123). Para el primero, la autonomía interna abría la puerta a la independencia, desde la que Túnez sería más útil para apoyar la liberación argelina, en contra de lo que propugnaba el segundo, para el que la independencia debía obtenerse de inmediato por medio de una lucha contra Francia que abarcara a los tres países del Magreb con la ayuda del régimen de Nasser.

Sin embargo, la visión que da Baccouche de Ben Youssef difiere un tanto de la comúnmente expandida, que resalta su radicalidad. Para él, fue un “nacionalista moderado”, interlocutor privilegiado de tres Residentes generales de Francia, quien, durante su etapa de dirección del partido, con Bourguiba en el exilio de La Galita, promovió una política de colaboración con Francia, asumiendo la cartera de Justicia en el gobierno de Mohamed Chenik. Su arabismo era

“de circunstancia, reciente y oportunista (...). Su estrategia de combate, sus ideas políticas y su modo de vida estaban fuertemente marcadas por el modelo occidental. Era, si se le juzga por toda su vida, en particular por su carrera antes de la autonomía interna, más occidental que Bourguiba” (p. 125).

Por tanto, según Baccouche, primaron en el enfrentamiento entre los dos líderes, las razones personales, la ambición por dirigir el Túnez independiente. Aunque bourguibista declarado, Hédi Baccouche confesará el error de Bourguiba de haberse implicado directamente, años después, en el asesinato de Ben Youssef llegando hasta recompensar públicamente a los ejecutores-, por miedo a que su oponente pudiera un día, con la ayuda de Francia, derrocarlo.

Los primeros años de independencia de su país los vivió Baccouche aún en Francia, donde no pudo obtener la licenciatura en Ciencias Políticas, según él por una suerte de castigo de un profesor por su actividad política, pero sí consiguió una licencia de enseñanza de árabe. En su libro describe esos años como los de la “construcción de un Estado nacional, la edificación de una sociedad nueva, libre, desarrollada y justa, fiel a su identidad arabo-musulmana y abierta al mundo moderno”. Años también del “nuevo Yihad, el Gran Yihad (...), la lucha contra el subdesarrollo, para erradicar la miseria, la ignorancia y la enfermedad y para conocer una vida mejor, de prosperidad, de bienestar y de dignidad”.

Para él, el “pequeño yihad” había sido la lucha contra el colonialismo. Pero se muestra crítico con ciertos métodos usados para lograrlo, como los “resultados exagerados”, “imposibles” (98,89 % de los votantes), obtenidos en las elecciones a la Asamblea constituyente por la candidatura del

Frente Nacional, integrado por el Neo Destur y las organizaciones nacionales. Confesará: “¡Lástima! Fue un mal comienzo que el régimen ha repetido y agravado durante toda su historia” (p. 143).

Pequeños guiños como éste, a lo largo de la obra, muestran el verdadero rostro del, a pesar de todo, bien admirado por Baccouche, Combatiente Supremo. Al que le reprochará dejarse acariciar por el culto a la personalidad y fomentar hacia su persona el “mito del héroe”. “Nos molestaba - dirá-. Se decía entre nosotros, pero se dejaba hacer” (p. 182).

Más adelante, comenzando a mostrar su aprecio por otra figura en desgracia de la historia tunecina, Ahmed Ben Salah, calificará su apartamiento por Burguiba de la secretaría general de la UGTT (Unión General Tunecina del Trabajo) en 1956 de “arbitraria” (p. 146), desenmascarando a su vez los juegos oportunistas y contradictorios de personajes del entorno palaciego. Para Baccouche, a finales de los cincuenta, Ben Salah representaba “el líder de la renovación en el país. Éramos amigos y compartía con él la misma orientación patriótica y popular”. Reconciliado con el temperamental Burguiba, Ben Salah inició una fulgurante ascensión desde el ministerio de Salud hasta convertirse en secretario de Estado del Plan y Finanzas en 1961, etapa en la que, según Baccouche, Túnez logró comprometerse resueltamente “en una estrategia de desarrollo global, coherente y voluntarista, basada en una planificación plurianual” (p. 184).

Años más tarde, convertido Baccouche en funcionario de elite del partido y del Estado, delegado-adjunto del Neo Destur en Susa y director-adjunto del partido, responsable de orientación política en la dirección en la capital, asistirá al arranque de la experiencia socialista tunecina patrocinada por Ben Salah, “más próxima de los modelos socialdemócratas que de los marxistas” (p. 197). Para Baccouche, una buena parte de la población, atada a un “individualismo ancestral primario”, se mostraría reticente. En cambio, los intelectuales, los estudiantes, los sindicalistas, los desturianos progresistas estuvieron satisfechos. Burguiba, pese a considerar a Ben Salah “indisciplinado” pero desturiano en esencia, apoyó resueltamente esta vía a todo lo largo de la década de los sesenta. Baccouche se convertirá en un aplicador celoso de la nueva política desde puestos relevantes como gobernador en Bizerta y en Sfax. Para él, una de las medidas más importantes de esa nueva política, la ley del 12 de mayo de 1964 que permitió recuperar para los tunecinos las tierras de los colonos, fue “el acto final del control de nuestro país. Tras la independencia política, tras la evacuación de los soldados franceses, la partida de los colonos fue el coronamiento del proceso de la independencia verdadera” (p. 218).

La caída en desgracia de Ben Salah y el fin de su política tienen su origen, según Baccouche, en dos factores conjugados que influyen en Burguiba, aprovechando una etapa de debilidad de salud. Por un lado, el descontento de sectores de la población contra el proceso de cooperativización progresivo que Ben Salah llevaba a cabo. Descontento popular, confuertes protestas y manifestaciones, que fue explotado ante Burguiba por enemigos del influyente ministro, logrando que el presidente cediera a las presiones y aceptara distanciarse de Ben Salah y de su política, abocando a su caída en desgracia en septiembre de 1969 en que perderá todos los ministerios económicos que había acumulado y, más tarde, el de Educación nacional, siendo excluido del partido y acabando en prisión. El otro factor que explica el cambio brusco de política y el ostracismo de Ben Salah será la lucha por la sucesión de Burguiba. La irresistible ascensión del superministro corría el riesgo de convertirlo en delfín del presidente. Baccouche no duda en acusar directamente a Wassila Ben Ammar, esposa de Burguiba, y a la embajada de Francia, de hostilidad manifiesta hacia Ben Salah, como responsables en buena medida de su caída. De la primera dice que:

“movilizó a todos sus adversarios y los empeñó tras ella para hacerle caer. Se apoyó en el descontento popular, que ella fomentó, e incluso algunas veces suscitó, para dar miedo a Burguiba y empujarlo a dar marcha atrás a su política socialista y volverse en contra de su promotor. Ella se aprovechó de su enfermedad para aislarlo e impedir todo contacto que pudiera fastidiar su proyecto”.

Respecto de Francia, confiesa que siempre manifestó a través de dirigentes como Edgar Faure y del embajador Jean Sauvagnargues, su oposición a la renacionalización de la economía tunecina que Ben Salah llevaba a cabo con su política.

La caída de Ben Salah arrastrará a Baccouche. Relevado del gobierno de Sfax, pasa por puestos de breve duración como los cuatro meses en Gabes como gobernador o los tres que dirigirá la Caja Nacional de la Seguridad Social. Su mutación es percibida como una sanción, lo paradójico es que se le penaliza acusado de exceso de celo en la aplicación de la propia política gubernamental de cooperación. Esta se abandona de manera precipitada y anárquica sin analizar ni asumir las responsabilidades de todo un régimen, resolviendo por encontrar un chivo expiatorio, Ben Salah, al que culpar de los desajustes que, a juicio de Baccouche, hubieran podido enmendarse sin recurrir a los tribunales (p. 275).

La acusación a Ben Salah será muy grave: se le acusará de pretender la toma del poder por todos los medios, de alta traición y de complot contra la seguridad del Estado. Baccouche, será arrestado por complicidad con él, una complicidad que la acusación remontará hasta el tiempo en que, estudiante en París, movilizara a la colonia tunecina en Francia para vincularla a la UGTT en la época en que era dirigida por Ben Salah. Este será condenado a diez años de trabajos forzados y privado de derechos civiles y políticos. Baccouche, considerado como uno de sus “acólitos”, recibirá una condena de cinco años quedando en libertad condicional tras cincuenta días en detención.

Comenzará lo que el autor califica de “primera travesía del desierto”. Arrinconado en un puesto burocrático en el ministerio de Educación, rechaza hacer política de oposición ante la oferta de participar en la creación de un nuevo partido, Unidad Popular. A pesar de una reconciliación con Burguiba, que lo recibirá en el palacio de Cartago ante una Wassila que le promete pasar página, tardará año y medio en recuperar un puesto de cierta responsabilidad, la dirección de la Oficina Nacional de Pesca. Pero una nueva intriga política lo destituirá, un año después, vinculándolo con los opositores bensalahistas. El resultado será el destierro a la ciudad de Jenduba.

Las intrigas, rivalidades y venganzas personales y maniobras políticas serán una constante en la vida política tunecina, a la sombra de un régimen personal y autoritario en el que abunda lo arbitrario, con un partido único hipertrofiado en el que actúan camarillas de coyuntura que manejan la difusión de rumores para hacer caer en gracia o desgracia a ciertas personalidades. Las memorias de Baccouche dan fehaciente testimonio de ello, ya que él mismo fue víctima de algunas. Su destitución, más arriba señalada, será fruto de zancadillas calculadas para impedir su rehabilitación, en un momento en que se le reclamaba para un puesto de responsabilidad desde el primer ministro, Hédi Nour. Las intrigas pueden más que éste. Su “segunda travesía del desierto” le aleja de la política y le obliga a ganarse la vida fuera de la administración y del partido. Una situación que durará hasta poco después de un acontecimiento que marcará un antes y un después en el país: el “jueves negro”.

El análisis que Baccouche hace de lo ocurrido el 26 de enero de 1978 es revelador, no sólo de la crisis social que se vive en el país, sino de las intrigas e injerencias que interfieren en el sistema. Túnez parecía haber entrado en 1977 en una era de calma social con la firma entre el gobierno de Hédi Nourira y la central sindical UGTT, uno de los pilares del sistema, de un pacto social por cinco años que aseguraba un aumento salarial del 33 % y la introducción de convenios colectivos en las diferentes ramas de la economía. Sin embargo, a pesar de la buena sintonía personal inicial entre Nourira y el líder sindical Habib Achour, éste opera un viraje a raíz de su visita a Trípoli en septiembre de aquel año. Baccouche sugiere que el agasajo y las prebendas con que fue tratado Achour por Gadafi, por intermediación de un resentido contra Nourira y Burguiba, el exministro de Exteriores tunecino Mohammed Masmoudi, promotor del fallido acuerdo de unión entre Túnez y Libia en 1974, contribuirán a desestabilizar el pacto social y a fomentar un clima de huelgas y protestas promovido por quienes consideraban que el sindicato había cedido a los intereses del gobierno. Todo ello llevará a la ruptura entre Achour y el partido, de cuyo Buró Político dimitirá, inclinándolo a la UGTT a convocar para el 26 de enero de 1978 una huelga general que revestirá un carácter político de confrontación con el gobierno.

El forcejeo Nourira-Achour se trasladó al seno del gobierno en una polémica entre los partidarios de la conciliación y los de la mano dura. Tahar Belkhodja, ministro del Interior, partidario de lo primero y acusado de relaciones sospechosas con el líder libio, interesado en desestabilizar Túnez, será relevado de su puesto con la autorización expresa del propio Burguiba, y sustituido por Abdallah Farhat, ministro de Defensa, partidario de combatir al sindicato. Farhat nombrará al coronel Zine el Abidin Ben Ali al frente de la Dirección de la Seguridad Nacional. La intervención del Ejército en la represión de la huelga provocará lo que Baccouche denomina “una masacre”, con más de cincuenta muertos.

El acontecimiento tendrá otras derivas: Habib Achour y la mayoría de los responsables de la UGTT son arrestados y se aprovecha el vacío para nombrar una nueva dirección dócil en el sindicato. Según Baccouche:

“los enfrentamientos de enero de 1978, además de sus motivaciones reivindicativas sindicales, se inscriben en la lucha abierta que llevaban las fuerzas políticas en el interior del país y los regímenes vecinos, especialmente el del régimen de Gadafi, para organizar una sucesión a su guisa. No se quería a Hédi Nourira y se buscaba otro sucesor. Habib Achour, Tahar Belkhodja y Mohamed Masmoudi estaban preocupados. Tras ellos, a la sombra y a menudo públicamente, Madame Wassila Burguiba mueve los hilos. Ella los orienta, los aconseja, los ayuda y los protege” (p. 310).

Más contundente, Baccouche sentencia:

“No por azar se atribuye al presidente Burguiba el dicho ‘la oposición está en mi lecho’”.

El estallido del “jueves negro” actuará como revulsivo de la vida política tunecina. Sobre Baccouche tendrá consecuencias inmediatas, pues dos meses después se le reclamará para hacerse cargo de un puesto tan clave como consejero del primer ministro, encargado de asuntos políticos, con la tarea de organizar el congreso del partido que tendrá lugar en septiembre de 1979. El nuevo reclutamiento viene de arriba, del mismo presidente Burguiba, de Nourira y del hombre clave del PSD, Mohamed Sayah, a quien sustituirá más tarde.

En el nuevo puesto se va a revelar una faceta de su personalidad, la de hombre independiente y de mediación, en un marco de rivalidades y tensiones institucionales y personales “en la guerra de sucesión que dominaba la vida política del país” (p. 316). A Baccouche le tocó templar las acciones del clan de Mohamed Sayah para desacreditar a Mohamed Mzali, ministro de Educación, en la carrera al delfinazgo, apaciguar las relaciones con la UGTT, iniciar una apertura hacia la

oposición, tareas a abordar de cara al congreso del Partido. Será el momento en el que aparezcan nuevos movimientos políticos, como el de los “demócrata-socialistas” de Ahmed Mestiri, del que Baccouche logró su autorización por Bourguiba, pese a informar positivamente en favor de su legalización.

Pero el décimo congreso del PSD terminará mal, minado por las batallas internas en el partido. Y le costará a Baccouche otra etapa de repliegue alejado de Túnez y dedicado a tareas diplomáticas como el consulado general de Lyon (septiembre de 1979 a febrero de 1981), la embajada en Berna y su extensión al Vaticano y la misión más importante, embajador en Argel entre septiembre de 1982 y marzo de 1984.

Su función principal en Argelia fue la de “desarrollar una corriente de comprensión, de simpatía y de confianza” con las autoridades argelinas, aprovechando su sintonía con el FLN y muchos de sus responsables desde sus tiempos universitarios en París. Esa cercanía le permitió preparar y llevar a término el tratado de fraternidad y concordia entre los dos países que se firmó en Túnez por los dos presidentes, Benjedid y Bourguiba, en marzo de 1983.

Durante ese quinquenio en que Baccouche centra su actividad en la diplomacia, Túnez vivirá un nuevo choque con el ataque terrorista a Gafsa en enero de 1980, operación de desestabilización manejada desde Libia contra el gobierno de un muy debilitado y enfermo Hédi Nouira, que acabará sufriendo un ataque cerebral un mes más tarde que lo retirará de la política.

Entre tanto también, las medidas liberalizadoras trazadas en embrión, años antes, por Hédi Baccouche desde la cercanía al primer ministro, fueron llevadas a la práctica por su sucesor en la primatura, Mohamed Mzali, con fuertes resistencias desde el interior del aparato del partido hasta lograr desnaturalizarlas. Habla poco Baccouche de las luchas políticas internas en su relato de este período de ausencia del país. Pero lo hace en extenso a propósito de los disturbios del pan de enero de 1984, que serán explotados por el ministro del Interior, Driss Guiga, apadrinado por Madame Bourguiba, en su batalla por el delfinazgo frente a Mzali, intrigas que le costarán a aquel, en rebeldía, diez años de trabajos forzados.

Será en esa coyuntura cuando Baccouche regrese de Argelia para hacerse cargo de la dirección del PSD, un puesto clave desde el que, en relación directa y permanente con el presidente y secretario general, a la sazón Bourguiba y Mzali, gestionar las estructuras y personal del partido, dirigir las organizaciones nacionales, preparar las elecciones locales y nacionales y coordinar la comunicación y la prensa oficiales. Desde su puesto, confiesa, se embarcó en proseguir la política aperturista ya iniciada por él en una etapa anterior y que trataba de seguir Mzali, hombre, según dice, “solitario” en el partido, “poco implicado en las querellas y conflictos de los pretendientes y rivales”.

Política de apertura hacia un pluripartidismo controlado, que siguió encontrando, no obstante, resistencias, como demostró la detención y condena de Ahmed Mestiri en abril de 1986 por dirigir una manifestación en contra de los bombardeos americanos a Trípoli y Bengazi, o las restricciones a una prensa más liberal. Pero, en el balance positivo de su gestión, recuerda la libertad con que la Liga Tunecina de Derechos Humanos pudo celebrar su congreso en 1985.

En relación con los islamistas, conocidos por entonces como “jomeinistas”, recuerda sus contactos indirectos con Rachid Gannouchi, de quien dice que encubría con su autoridad las acciones violentas de sus estudiantes contra desturianos y gauchistas. Pero hacia el que se negó, a sugerencia de Ben Ali, por entonces ministro del Interior, a llevar a cabo una acción en contra de

sus reuniones, a fin de evitar “una grave discordia en el pueblo, una verdadera fitna” (p. 359). Lo que no le impidió denunciar en público la tendencia islamista a ligar política y religión.

Otros frentes complicados durante su mandato al frente del PSD fueron la expulsión por el coronel Gaddafi de 30.000 tunecinos de Libia, en agosto de 1985, que pusieron al país en un verdadero “estado de guerra” (p. 371), o la ruptura operada por la UGTT, dirigida por Habib Achour, que se separará del partido tras unas tensiones internas que llevarán a la creación por un grupo disidente de un nuevo sindicato, la UNTT. Baccouche resaltaré su papel para lograr la reunificación sindical en tanto que director del partido y ministro de Asuntos Sociales.

Pero las intrigas en el seno del partido no cesaron, bien al contrario, conforme el presidente Bourguiba iba envejeciendo. En este tiempo en que se celebra el XII Congreso del PSD, en junio de 1986, hay una persona que acapara y manipula al jefe del Estado, su sobrina, Saida Sassi Bouzgarrou. Para Baccouche, “ella lo adulaba, lo mimaba como una madre. Le llevaba muchachas para hacerle compañía y recordarle su juventud. Hacía la lluvia y el buen tiempo”. Ella se inmiscuía en los asuntos del Estado e influiré en la caída de Mzali y su sustitución por Rachid Sfar, ministro de Economía, preparando la ascensión de uno de sus protegidos, Zine el Abidin Ben Ali.

La coyuntura era difícil para Túnez y el nuevo primer ministro debe ocuparse prioritariamente de recuperar la economía del país, en grave crisis, aunque contará con la ayuda de Baccouche para la gestión política. Sin embargo, intrigas de palacio, lo apearán en abril de 1987 de la dirección del partido, pasando al ministerio de Asuntos Sociales, desde donde le tocará abordar las difíciles relaciones con Libia, en defensa de los trabajadores expulsados unos años antes, en un momento complicado en el que se tensaron las relaciones con los islamistas, lanzados en una vía violenta. Detrás de esta agitación y atentados se acusa a la embajada de Irán y se rompen relaciones diplomáticas. La represión será dura y llegará hasta pronunciar cinco condenas a muerte y, para Rachid Gannuchi, trabajos forzados a perpetuidad. Pero para un Bourguibacada vez más senil y caprichoso, las sentencias eran insuficientes y reclamaba la revisión de los juicios chocando con el equipo en el gobierno (Sfar en la primatura, Ben Ali en Interior y Baccouche en Asuntos sociales), que, a juicio de éste último en las memorias, lo que pretendía era “evitar al país una discordia, una fitna” (p. 381). El enfrentamiento entre Bourguiba y Sfar, acusado de no hacer caso a la reclamación del presidente, concluirá a primeros de octubre de 1987 con su sustitución por Ben Ali.

No era éste, a juicio de Baccouche, la persona mejor situada en el escalafón desturiano para ocupar el lugar de Sfar, pero se impuso la voluntad de la influyente sobrina del presidente. Damnificados como Mohamed Sayah, fomentaron las intrigas cerca de Bourguiba, acusando a Ben Ali de poca determinación en la lucha contra los islamistas, corriendo el rumor de su falta de títulos, hasta el punto de poner en peligro su puesto. Evidentemente el cargo de primer ministro era, constitucionalmente, la antesala de la presidencia en caso de vacante, y la tentación por ese puesto y las intrigas que suscitó fueron la clave que movió no pocos acontecimientos de la vida política tunecina.

Especialmente interesante es la crónica del apartamiento del poder de Bourguiba en el que Baccouche tuvo un papel relevante. Todo sucede en ese momento en el que Ben Ali corre el riesgo de ser destituido. La decisión se toma en cónclave entre Ben Ali, Habib Ammar, comandante de la Guardia Nacional y compañero de promoción de Ben Ali y el propio Baccouche. Éste comenta en su libro la grave inestabilidad que vivía el país, acrecentada por los riesgos de “decisiones irreflexivas, inoportunas e imprevistas” del presidente por causa de su enfermedad y senilidad. El libro aporta ejemplos de que, desde hacía tiempo, Bourguiba era un hombre manipulable. Baccouche, aunque le costará asociarse a la decisión de su apartamiento, termina por hacerlo primandolos intereses de

Túnez antes que su “fidelidad al líder excepcional y al jefe valiente que he amado y venerado toda mi vida”:

“Acepto la idea de que sea apartado de la alta responsabilidad, exigiendo que no se le dañe y que se reconozca sus inmensos logros para la patria. Los riesgos asumidos son enormes. De ser detenido a tiempo, hubiera sido una condena segura a muerte, mi familia destruida, mis hijos abandonados a la incertidumbre”.

Se suceden así unos días, entre el 27 de octubre y el 7 de noviembre de 1987, llenos de tensión, de dudas y de búsquedas de la mejor fórmula para poner en práctica la destitución del hombre del que todo ha dependido en el país durante tres décadas. Y también, para decidir el régimen a instaurar post-Burguiba. Baccouche dice haber mostrado, sintiéndose en minoría en aquella troika, su preferencia por un régimen transitorio de un directorio de generales presidido por Ben Ali, con el propio Baccouche como primer ministro, que en seis meses cambiase la ley de partidos, de prensa y electoral y convocase elecciones libres y democráticas.

El relato de esos días es un dramático thriller en el que se describe el miedo a ser descubiertos mientras la vida seguía su curso, procurando que los rostros no desvelaran su inquietud. La víspera del día D es el momento más intenso. Hédi Baccouche será quien redacte la “Declaración del Cambio” que Ben Ali debería leer al día siguiente. La termina, ya por la noche, en la sede del ministerio del Interior, donde se reúnen ambos con un grupo reducido de amigos y colaboradores directamente implicados. En los apéndices del libro aparece el original redactado por Baccouche junto con la copia manuscrita por Ben Ali para su corrección final y lectura. Baccouche desmiente las versiones que con posterioridad trataron de atribuir su autoría al propio Ben Ali.

A Habib Ammar le corresponderá dirigirse hacia el palacio de Cartago con un comando de la Guardia Nacional para desarmar a la Guardia Presidencial. A las tres y media de la madrugada todo será resuelto. Es en el último minuto cuando se decide recurrir a un certificado médico que verifique la incapacidad del presidente (hay copia del mismo en el apéndice), tarea que se encarga al ministro de Salud, que convoca al ministerio del Interior a siete facultativos que firmarán el documento. A las 4:30 de la madrugada se graba ante una cámara de la RTT la proclamación, que será difundida a las 6:30 de la mañana del día 7 de noviembre. La declaración insiste, según Baccouche, en dos ideas, “el reconocimiento, el afecto, la estima y la fidelidad a Burguiba y la restauración de la democracia” (p. 413).

El golpe incruento fue saludado por todo el mundo, dentro y fuera del país, si bien se sometió a confinamiento domiciliario a personalidades susceptibles de oponerse, entre ellas la más notoria, Mohamed Sayah. En lo que Baccouche insiste es en la ausencia de intervención de ninguna potencia. Será él, que asumirá el cargo de primer ministro, quien comunique el cambio a los embajadores acreditados en Túnez.

Su paso por la dirección del gobierno duró veinte meses y veinte días. Baccouche detalla las realizaciones durante ese período, como la reconciliación nacional, el retorno de exiliados, la apertura hacia el pluripartidismo con la firma de un Pacto Nacional, cambios constitucionales significativos, ciertas concesiones a las tradiciones islámicas, transformaciones en el partido denominado ahora Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD), unas primeras elecciones democráticas con un, a su juicio, resultado decepcionante en razón de un sistema electoral viciado, la recuperación económica con una normalización con los sindicatos y una mejora de las

relaciones con su entorno magrebí, que concluyó con la creación de la Unión del Magreb Árabe (UMA) en febrero de 1989.

Pero Baccouche también detalla las razones del deterioro de sus relaciones con Ben Ali que llevaron a su caída. Celos del presidente, alentados por un entorno que buscaba desestabilizarlo y enfrentarlos, fueron reduciendo los poderes del primer ministro y terminan con su caída el 27 de septiembre de 1989. No era la primera víctima de los manejos de la camarilla de un presidente que había logrado, a juicio de Baccouche, “concentrar todos los poderes” (p. 444), intrigas que ya se habían cobrado un año antes la de otro íntimo colaborador, Habib Ammar, que ocupaba la cartera de interior. Su caída fue bien recibida además por el vecino libio que no le perdonaba su actuación en contra de la expulsión de los 30.000 tunecinos unos años antes.

Para Baccouche, su salida de la primatura iba a sumarse a anteriores fracasos en su compromiso político, como lo fueron sus apuestas por la experiencia socialista de Ben Salah, o por la apertura de Hédi Nouira que no pudo llevar a término.

“Pensé -escribe- que asociándome al cambio del 7 de noviembre, iba a tener los medios de compensar los fracasos pasados, abrir perspectivas movilizadoras para la juventud, asumir nuestros logros por insuficientes que fuesen, mejorarlos y realizar mis grandes ambiciones para mi país, pero ello no fue posible y constituyó, con mi partida del gobierno, un nuevo y último fracaso. De ahí mi tristeza y mi queja” (p. 446).

En su nueva travesía del desierto, la tercera, que describe en la cuarta y última parte del libro que lleva por título “Un retiro activo”, mantiene la esperanza de recuperar una relación rota con el presidente. La ocasión se presenta con una misión cerca del Partido Socialista francés en plena crisis de la ocupación de Kuwait, en la que oficialmente Túnez se había comprometido en favor de Irak. De su éxito dependía la posibilidad de un encargo mayor, la secretaría general de la UMA. Pero la misión fracasó por causa de la intromisión de los informadores de Ben Ali, que detectaron un contacto telefónico con el expresidente Mzali, exiliado en París. La inquina contra su persona no terminó ahí, pues unos meses después se vio implicado en la acusación de constituir un frente de oposición, si bien la imputación, falsa, no tuvo curso. Casi una década después se producirá una normalización de sus relaciones personales con Ben Ali, como enviado especial a Argelia en la toma de posesión de Buteflika en 1999, lo que le permitirá un intercambio fructuoso con el nuevo presidente. En todo este periodo se convertirá en un espectador interesado de la vida política tunecina, dejándose halagar sin asumir responsabilidades, pero cobrándose, con pequeñas misiones al extranjero o un puesto en la Cámara de Consejeros creada por Ben Ali, sus servicios prestados.

Un último apartado dentro de esta parte final, “Cuatro días en la Kasbah”, dedica Baccouche a la revolución de 2011, en cuyos primeros momentos le tocó cumplir un papel de intermediario con diversos actores para poner en marcha los mecanismos constitucionales que posibilitaron el inicio de la transición. Entre esos actores, el movimiento islamista, que buscaba su reconocimiento. Una de las preocupaciones según cuenta fue tratar de salvar al partido, retornando a su vieja denominación de Neo Destur y tratando de reconstituirlo, apartando a los dirigentes que más se habían comprometido con el régimen de Ben Ali. La operación no fue seguida a falta de un compromiso de la vieja elite desturiana en asumir una experiencia viciada por un régimen en implosión. Baccouche, confesará: “después de esta incursión de algunos días en los meandros del poder, decidí definitivamente mi retiro de la acción política” (p. 474). Un retiro que no le impedirá seguir sintiéndose miembro del Neo Destur, desturiano “de por vida, incluso si [el partido] cambia de nombre y aún más, si, jurídicamente, se haya disuelto”.